

filosofía, la historia de la ciencia y otras muchas disciplinas cuyo cultivo en el Medioevo gozó de especial simpatía. Pero esta *Antología* ofrece, además y como decía más arriba, una serie de «registros» que deben ayudar en gran manera a los estudiantes, en particular, y a los investigadores en general: los hay de metros utilizados y aparecidos en la *Antología*, de particularidades métricas y prosódicas de estos fragmentos—o lo que es lo mismo, de la versificación latina medieval—, de fonética, morfología y sintaxis, y finalmente, de géneros y asuntos reflejados en estas numerosas páginas.

Haciendo nuestra la concepción expresada por los autores de la *Antología* en la nota preliminar, «lengua latina y cultura medieval europea son realidades inseparables, que no se alcanzan a entender la una sin la otra», no nos queda sino subrayar el extraordinario interés que este libro habrá de suscitar entre los filólogos, clásicos, románicos e hispánicos, los historiadores de la literatura, los medievalistas en general, y todos aquellos que sienten afición por conocer el marco cultural, espiritual y lingüístico en que nació y se desarrolló nuestra vieja Europa.

ANTONIO ALVAR EZQUERRA
Universidad de Alcalá de Henares

Libro de Apolonio, Edición de Carmen Monedero, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 157), 1987, 351 pp.

No hace mucho tiempo, Ángel Gómez Moreno señalaba al reseñar la edición del *Rimado de Palacio* realizada por Germán Orduna para la editorial Castalia (*El País Libros*, n° 407, jueves 20 de agosto de 1987, p. 5e), que la editorial mencionada «muestra tras algún desliz, su deseo de ofrecernos excelentes ediciones de textos medievales». Efectivamente: aun manteniendo siempre un nivel más que decoroso en la calidad científica de sus productos, Castalia ha puesto en circulación últimamente varias ediciones de obras medievales francamente elogiables: la arriba mencionada, la del *Calila e Dimna* realizada por Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra y la de las *Cantigas de Santa María de Alfonso X* llevada a cabo por Walter Mettmann. Una más —y que siga la racha— viene a sumarse a esta serie, y es la aquí reseñada. Me apresuro a adelantar mi juicio: nos hallamos ante una edición recomendable por muchas razones, que desde ahora mismo se convierte en la mejor de las existentes, aparte, por supuesto, de la imprescindible por muchas razones, aunque muy costosa, *editio maior* de Manuel Alvar.

Una de las mejores alabanzas que, a mi entender, se pueden hacer al trabajo de Carmen Monedero es que en todo su transcurso se puede advertir la impronta intelectual de la persona a la que está dedicado: don Rafael Lapesa. Cualquiera que —como la autora de la edición y, dicho sea con mal disimulado orgullo, el autor de esta reseña— haya tenido la fortuna de recibir directamente en las aulas y seminarios las enseñanzas de Lapesa,

o bien conozca —¿quién no?— sus múltiples trabajos sobre la lengua y la literatura medievales, reconocerá su magisterio en el exhaustivo comentario lingüístico que acompaña al texto del *Apolonio*, sin duda el aspecto más destacado del libro de Monedero. Comentario y estudio lingüístico completísimo y bien presentado, sin complejidades innecesarias, que no deja lugar oscuro en la lectura de la obra (salvo alguno explícitamente reconocido por la editora: *odiçemp[ç]ón*, 300d), lectura definitivamente facilitada por las esclarecedoras notas de sentido que se incorporan al texto. El acceso a esa gran masa de comentarios a pie de página de índole léxica, etimológica, fonológica y morfosintáctica se ve facilitado por un extenso «Glosario escogido» (pp. 295-328). Además, en la introducción, pp. 40-42 (cf. también pp. 35-37), hay un breve compendio de las generalidades más relevantes de la lengua de *Apolonio*, aunque, como resalta Monedero, «todas las características de la lengua están anotadas a pie de página» (p. 41), y no es ninguna exageración. En una palabra, la labor de Monedero en el aspecto lingüístico es realmente brillante y digna de elogio: continúa con sobrada dignidad la tradición filológica en que se formó y desarrolla sus quehaceres.

En cuanto al texto que nos proporciona la editora, he de decir que sus criterios editoriales me parecen muy atinados. Los expone en las pp. 39-40 y sobre todo, en las pp. 85-92. Dado que el *Apolonio* se nos ha conservado únicamente en un manuscrito (el K.III.4 de la Biblioteca de El Escorial), Monedero opta por realizar una fiel transcripción del texto, sin regularizar grafías, acentuando, puntuando y señalando en cursiva el desarrollo de las abreviaturas. Se trata, sí, de una transcripción conservadora (que permite el estudio concienzudo de las peculiaridades lingüísticas y gráficas del código) *ma non troppo*: donde la evidencia y el sentido lo aconsejan de forma irrefutable, Monedero enmienda las lecturas del manuscrito, señalando en las notas textuales lo que originariamente dice. Es un criterio muy saludable, y mantenido rigurosamente a lo largo de toda la edición. Si acaso, cabría objetar que no se enmienda 35a (*entendiessen* como fin de verso en una cuaderna con rima en—*eron*; es una enmienda perfectamente aceptada por el sentido) cuando sí se enmienda para restaurar la rima en 99c, 331a y 357a. De todos modos, el criterio no es regularizar la métrica del texto, por lo que esta objeción no llega a ser una crítica desfavorable. Por otra parte, Monedero recoge en un apéndice (pp. 329-347) las correcciones que los distintos estudiosos han efectuado sobre el texto del *Apolonio*, casi siempre en pos de una regularidad métrica. No se muestra muy amiga de tales correcciones (pp. 37-40), pero las presenta para que el lector pueda juzgar por sí mismo. Lo mejor que se puede decir del texto que nos ofrece la editora es que en determinados lugares mejora las lecturas ofrecidas por Alvar en su monumental edición, lo que puede dar una idea de su importancia y calidad. Me importa señalar también que Monedero presta atención destacada a la materialidad del código que nos transmite la obra por ella editada y a las características paleográficas del mismo (pp. 64-68 y múltiples notas textuales), detalle no siempre atendido, a pesar de su importancia, por los editores de textos medievales.

Por lo que se refiere a la introducción, ya he comentado sus aspectos lingüísticos y codicológicos. En lo que respecta a su aspecto literario, se ocupa— es de justicia decir que sin alcanzar el altísimo nivel de calidad de la faceta lingüística, cosa que sería bien difícil— de forma concisa y brillante de la difusión de la leyenda de Apolonio de Tiro y sus manifestaciones, ubicando el *Libro de Apolonio* en esa serie literaria merced a sus relaciones con la *Hystoria Apollonii Regis Tyri* (tema muy bien tratado, pp. 21-25 y 47-56). Además, hay un muy útil análisis de los problemas de género, estructura y contenido—en lo referente a éste se apuntan con renuente agudeza algunas interpretaciones psicoanalíticas (pp. 44-46)—del *Apolonio*, donde se recogen y se ponderan atinadamente las opiniones de la crítica precedente. Una bibliografía extensa (pp. 71-81) nos da razón y referencia de esa crítica.

Para terminar —menester ingrato del reseñador— señalaré varios de esos pequeños errores y erratas inevitables en cualquier libro. Así, la nota a *quintales* que aparece en 72c estaría mejor en 50d, primera aparición de la palabra en el texto; la nota textual a 353c, que aparece en la p. 202, debería estar en la 203, que es en la que aparece el verso anotado. Hay una errata en 33c —*comida* por *comidia*—, otra en la llamada de la nota a 93a —aparece como 93c— y otra, por último, en la nota a 148c, línea 5 —*para* en vez de *parar*—. No son —desde luego— sino minucias, como lo son igualmente las pocas objeciones que a lo largo de esta reseña he realizado al trabajo de la doctora Carmen Monedero, que no dudo en calificar de brillante, en todo de acuerdo con lo que cabía esperar de una persona de su competencia, formación y buen criterio.

JUAN CARLOS CONDE LÓPEZ
Seminario de Lexicografía
Real Academia Española

Les Épîtres de Guiraut Riquier, troubadour du XIII^e. siècle, Édition critique avec traduction et notes par Joseph Linskill, «Association Internationale d'Études Occitanes», sl (Bélgica) 1985, XVI + 362 pp.

Si la labor del filólogo todavía sigue siendo la de tener los conocimientos pertinentes para entregar al lector un texto cercano —en lo posible— al dictado del autor, podemos decir que en esta ocasión estamos de enhorabuena, pues editar adecuadamente las quince *Pístolas* de Guiraut Riquier no es tarea fácil. Las dificultades responden a razones de todo tipo, aunque siempre son anejas al carácter que define los textos y los sitúa en el marco de una tradición; por bien que, en ocasiones, adquieran una índole de excepción dentro del ámbito de esa misma tradición literaria.

Y es por tradición por lo que los encontramos formando parte del extenso *corpus* de la poesía occitana que se ha dado en llamar no lírica. Lo cual de entrada ya supone una dificultad de excepción, puesto que si